

Una banda de punk llamada Meados de Cerdo (o el día que Dios volteó a ver a Querétaro)

Seudónimo: Pulp

I

Llueve como sólo llueve en la Biblia, igual que en esa escena en la que Noé tiene que construir un barco más chingón que el Titanic porque el agua se los está cargando a todos. No exagero. El taxi está detenido. Al carro de al lado le entra agua hasta por las narices. Puta madre. A decir verdad poco o nada me importa que el Tsuru amarillo en el que viajo se hunda en el río en el que se ha transformado Avenida Zaragoza. Tampoco me importa que al final el muy cabrón me cobre \$500, como si yo tuviera contacto directo con Tlaloc y le dijera “vas, déjate venir sobre el mal drenaje de esta ciudad. Ya estás.” No me importa echar a perder mis botas de 4 mil baros y caminar entre aguas negras y basura de Sabritas hasta las rodillas ni llegar a mi casa con olor a caca. Lo siento. Lo siento. Lo siento. Pido perdón. Pero es que hay un motivo muy grande: Patti Smith está en la ciudad. Así es, Patti Smith, la madre del Punk, la hija perdida de Rimbaud sabe que hay una ciudad llamada Querétaro y tomó un avión desde Nueva York para llegar a ella. ¿No es increíble? Por fin Dios (el dios de los conciertos, claro, el que creo Ticketmaster y Live Talent y el Royal Albert Hall con un solo chasquido y en el séptimo día se sentó a escuchar a The Who con un vaso de whisky en la mano) sabe que hay tierras y almas más allá de la Ciudad de México.

No puedo desaprovecharlo.

Nunca pensé siquiera verla en vivo, mucho menos que estaría cantando por sólo \$20 en el Jardín Guerrero. Es decir, es lo más cercano que he estado de un milagro. Y una puta lluvia no me va a detener. Mucho menos el motor viejo del taxi.

El concierto comienza a las 8:30. Son las 8:15. Comienzan a sudarme las manos. Puta madre digo una y otra vez. Puta madre. Qué haré si no llegó. Un camión se pudre delante de nosotros. Ya está, esta la señal. Pago el taxi y me bajo. Compro una bolsa de plástico en el Milano y cubro mi maletín que lleva mi laptop. Ni modo. Las Doc Martens se hicieron para rockear, no para fresearnos. Así que me meto al río y camino en dirección al jardín. Sólo son

unas cuantas cuadras, me digo a mí mismo, echándome ánimos. Estoy empapado. Hace frío y estoy lejos de casa, dice Andrés Calamaro en algún lugar del cielo, no importa que todavía no se haya muerto. Total, cualquiera puede ir allá arriba cuando quiera.

II

Imagino que atravieso el Río Hudson, un Río Hudson de la mente.

Imagino que este pedazo de tronco es el cuerpo de Albert Ayler, aquel jazzista convertido en ángel por tanta droga y tanto *free style*. Me dan ganas de besarlo.

Escucho caballos a lo lejos pero sólo es el cielo crujiendo.

Alguien le dio una mordida.

Lo peor no es adquirir una infección en la piel o una pulmonía.

Lo peor es que voy sobrio.

III

El general Vicente Guerrero ya está listo, se levantó el cuello de la camisa y se paró los pelos con Moco de Gorila.

Llego al Jardín justo a tiempo.

Saludo al general que mira todo desde el centro de la plaza.

Veo a mi alrededor. Más de uno lleva los pantalones mojados y los zapatos hechos mierda. A huevo, es nuestro atuendo punk y les vale pito a todos. Colocaron una carpita que luce semivacía. Muestro mi boleto en la entrada. El concierto está retasado. Perfecto. La regué. No compré chelas en el Oxxo. No traje nada. Me lleva. Bueno, no hay problema. Busco el mejor lugar disponible. Me pongo hasta el frente y de aquí nadie me va a mover. Me enojo con la gente que pasa afuera de la carpa. ¿qué no se dan cuenta de quién se va a presentar en

unos minutos? ¿Por qué prefieren ir a llenarse de polvo a la Feria Ganadera? ¿Por qué no puedo dejar vivir en paz a la gente sin juzgarlos? Ya mejor que empiece este pedo.

III

Nací en la Ciudad de México. Llegué a Querétaro en el 2007, tenía entonces 11 años. Recuerdo ese año por dos cosas más: México le ganó a Brasil en la Copa América y Soda Stereo se reunió de nuevo. Por su puesto mis papás no me llevaron. En fin, antes viajar de ciudad a ciudad para escuchar a una banda era más complicado. Ahora me trepo al camión de Transportes K y listo, me regresa esa misma noche sin pedos, no importa lo borracho que acabe.

Comencé a crecer y la música me fue atrapando, más que la literatura, la cual ni siquiera figuraba en mi vida. Ni se asomaba. Jamás me imaginaba que me iba a dedicar a esto 10 años después. Me cagaba leer. Los libros que me daban en la escuela me daban la hueva del mundo. Me parecían súper tetos. Peor cuando me dieron Cien Años de Soledad. Si quieren que alguien le pierda gusto a la lectura, denle ese maldito libro. No bromeo.

Junté mis domingos y me compré una guitarra. Aún la tengo en mi cuarto, aunque ya ni la toco, pero la guardo por un motivo especial: fue mi primer fracaso. Es importante saber reconocer las primeras veces que uno cae. Nunca aprendí a leer partituras. Me dolían los dedos. El profe de música nos ponía canciones de Los Panchos y de Maná, es decir todo pintaba para ser un fiasco. Y lo fue. Mis grandes aportes al rock fueron tocar el círculo de Sol en el festival del Día de las Madres en la secundaria. Qué deprimente suena cuando lo vuelvo a leer.

Pero seguí escuchando música. Mis primeros discos los compré por aquella época en el Mix Up de Plaza del Parque: *Rattle and Hum* de U2, uno en vivo Ramones, el *Master of Puppets* de Metallica, *Mothership* de Led Zeppelin, y el chingonsísimo *Whats the story morning glory?* de Oasis. Y todos los de mi banda favorita: Guns N Fuckin' Roses. El Chinese Democracy me sigue mojando cada que lo escucho. Perro discazo, no por nada es la producción más cara de la historia. Buckethead, ese guitarrista salido de una película de terror

barata hizo que sólo los idiotas extrañaran a Slash. Sus solos suenan como malditas ametralladoras en medio de una carrera de naves espaciales.

Cuando anunciaron su concierto en el Palacio de los Deportes rogué de rodillas, hice huelga, lavé los trastes, hice mis tareas, ayudé a una viejita a cruzar la calle, comí mis verduras. Es más, me volví vegetariano. Mejor hay que esperar a que vengan a Querétaro, dijo mi jefa. Mamá, por Dios, por Dios, no me hagas romper mi juramento de que me portaré bien. No me hagas decir malas palabras. A Querétaro no viene nadie, ni lo conocen. Y era cierto. Estoy hablando de una época en la que, si bien nos iba, sólo las bandas nacionales y las asquerosas letras de Mago de Oz sonaban en la Plaza de Toros Santa María. Obvio Axl Rose jamás pisaría la Terminal de Autobuses. Por Dios, mamá. El Tri en el Ecocentro es a lo que aspiramos y qué hueva oír la voz castrante del ruco ese.

Hijo, yo creo que alguna vez si vienen esos grupos que escuchas.

Que no, mamáaaaaaaaaaaaa.

Que no.

Que no.

Pero muchas cosas sucedieron a partir de ese momento, aquí sólo diré cuatro:

1. Me dejé crecer el pelo y en la escuela hicieron que me lo cortara.
2. Logré ir al concierto de Guns. Mi papá me llevó. Tomamos un camión Primera Plus y nos lanzamos. Se cumplía uno de mis sueños.
3. Odié a la gente que cantó *Sweet child o' mine* y se aburrió con *Street of dreams*. ¿Están sordos o qué? Acabamos de escuchar un rolón y ustedes se van con las canciones que todas las bandas de covers tocan. Bah.
4. Confirmé los poderes visionarios de mi madre. No vino Guns n Roses (o no hasta ahora), pero años después comenzaron los conciertos en Querétaro, los conciertos de verdad. Megadeth, Interpol, MGMT, The Horrors, Gorillaz. Incluso Los Bunkers grabaron un video por acá, justo en el piso que se volvería sagrado después de que Patti Smith lo pisara.

IV

Putita lluvia. No para. Espero no cancelen el concierto. Le pregunto a los organizadores y me dicen que sólo se recorrió una hora y media. Bueno. Más les vale. General Guerrero tumba paro y habla con Dios allá arriba, dile que no chingue, que ya le pare.

Poco a poco va llegando más gente, desde señores con saquitos tweed hasta morros de prepa con botas hechizas y reventadas de tanto caminar bajo el sol queretano.

Veo a un par de compañeros de la uni a lo lejos, pero me hago güey. Me fumo un cigarro que ya se había secado. No se puede fumar, joven. Mmmmta. En qué hemos transformado al rock, en pura pinche mercadotecnia. Pero ahorita va a venir Patti Smith y se los va a cagar a todos y a sus reglas mamonas. Va a bajar del cielo como hace más de 400 años bajo el apóstol Santiago. ¿No me creen? Ahorita ven, putos.

Y así pasó.

Bueno más o menos.

Hubo menos humo, menos espectacularidad, menos divinidad. Pero ahí está, después de hora y media, la mera mera del punk y la poesía rockera. Ahí está, a unos cuantos metros de mí con su saquito negro y unos jeans deslavados. Su pelo blanco, blanco, como el corcel del apóstol Santiago.

Sube acompañada de su eterno guitarrista Lenny Caye, un veterano de las épocas de las mejores drogas.

Comienza el recital.

Todo es una mezcla entre lectura poética y un *MTV Unplugged*. Patti dice cosas, cosas que parecen importantes pero casi nadie entiende porque las dice en inglés y su español es pésimo. Habla de México. Habla de Roberto Bolaño, mi querido Bolaño, mi santo patrono, y le dedica un poema que ella misma escribió. Y canta. Canta. Abre con *Wing*. En *Dancing Barefoot* siento una revelación mística, un flashback de cuando escuchaba esa canción en mi discman Sony en la versión de U2. En *Because the night* más de uno nos quebramos igual que ella se quebró durante la entrega del Premio Nobel, cuando su mejor amigo Bob Dylan le pidió que fuera a recibir la medalla en su lugar y cantara una de las más hermosas canciones

que ha escuchado la humanidad: *A hard rains gonna fall*. Pinche Dylan, todo un adivino. Cierra su actuación con una canción del rey Elvis y el clásico tema rojillo de *People have the power*. Una hora bastó para movernos el piso y la mente. Nos dice adiós con el movimiento de manos más rápido que he visto y se va acompañada de varios paraguas. La veo entrar y desaparecer a través del Palacio Municipal.

La lluvia regresa, pero ya no importa. Se puede abrir la Tierra en dos. Puede caer una bomba nuclear. Ya nada importa, ni cómo volveré a casa. No puedo irme así. Uno no puede irse a tomar un chocolatito caliente y dormir después de tanta emoción y estamina producidas en el cerebro. Simplemente no se puede. Me lanzo al Petras por unas promos de Victoria.

La vida es buena a veces.

V

¿Saben qué? Yo creo que cuando el apóstol Santiago bajó del cielo sonaba Patti Smith de fondo. ¿No me creen? Escuchen el álbum *Horses* y después hablamos.

Me mientan la madre si quieren.

VI

Amanece y las calles siguen mojadas. Día dos. Patti Smith dará una conferencia en el Teatro de la Ciudad. Hay que madrugar. Durante esos meses me ahorré algunos desayunos y junté un dinerito para comprar el vinil de mi álbum favorito de Patti: *Horses*. Una obra increíble por donde se le vea. La portada es icónica: una joven neoyorquina con una camisa desalineada. Las canciones son de otro nivel. La lírica está claramente influenciada por poemas como *Una temporada en el infierno* de Rimbaud. Estamos cara a cara con una mujer rebelde que se ha leído a los Beats, a Morrison y a los franceses malditos y al mismo tiempo se ha drogado y ha salido desnuda a gritar y a cantar y a escribir a escribir a escribir. A explotar. Literalmente *Horses* es una bomba de tiempo hecha de literatura y buen rock.

A Verleine le habría encantado ese disco, pero sin él no habría existido. ¿Me explico? Es resultado de la evolución directa del arte poético. Así de magnífico.

Claro, lo compré en el viejo Mix Up de Plaza del Parque. Lo encontré en la sección de “importados”, igual que los buenos vinos. Esa mañana lo abro y huele a nuevecito. Ni siquiera tengo dónde escucharlo, pero no importa, lo que quiero es que me lo firme.

Soy fan de pedir autógrafos, no sé por qué, por fetiche de acumular objetos ha de ser.

Tomo la ruta X que me deja en Av. Universidad. De ahí hay que caminar un poco por Allende, una calle que no sé por qué pero siempre me ha gustado. Tiene sus tintes como de calle europea o un pedo así. No tiene nada de especial, sólo su banquetita minúscula y algunos negocios traídos al presente desde una máquina del tiempo. Por ejemplo, una sastrería o una tienda de arreglo de relojes.

La ciudad a estas horas está vacía. Parece que todos murieron con la lluvia de anoche. O que estoy en medio del fin del mundo. Ahora uso mi otro par de Doc Martens, las clásicas color vino *Made in England* que años después tendré que vender cuando me quede sin trabajo. En fin.

Llego al Teatro, aún falta una hora. Pero no importa, todo está planeado. En mi bolsa el vinil y los boletos para entrar a la charla. Compré dos boletos, el mío y uno extra por si ligaba en esa semana. Pero no pasó. Así que entraría solo.

Me dirijo a la puerta de atrás, por donde supongo entran los conferencistas. ¿Cuál es el motivo de la visita de Patti? El Hay Fest, un festival acá bien mamerto donde figuras de la cultura mundial vienen a la ciudad. El año pasado el premio Nobel Le Clézio me firmó un libro y me contó que su abuelo conoció al mismísimo Rimbaud, aunque él cree que en realidad sólo estaba pedo. Qué cagado jaja.

Todo está cerrado y tengo hambre. Podría ir al Oxxo por un riquísimo burrito, pero no, no puedo moverme. En cualquier momento llegará Patti Smith. No traigo nada para leer, qué pendejo. Estoy solo ahí como estúpido con unos Ray Ban chafas a pesar de la mañana nublada. Les vale verga. Uno es rockstar a todas horas. Veo acercarse a mí a otro compa. Trae también un vinilo, pero este ya está medio puteado. Es una primera edición de *Radio Ethiopia*, su segundo álbum de estudio. Siento la pinche envidia subiéndome por la espina

dorsal. No me agüito. No hay fijón. El mío huele a nuevo. Nos saludamos. También trae unos lentes oscuros. Nos debemos de ver ridículamente hipsters.

- Chidos Round Metal.
- Chidos Way farer, me dice.
- Son piratas, me los armé en La Cruz, le respondo.

El chavo resulta ser dueño de una tienda de playeras de rock a la que una vez recuerdo haber ido. Cool. Me presume su vinil, dice que lo consiguió en una tienda de antigüedades allá por San Cosme. Mientras platicamos se nos une alguien más, la única persona verdaderamente que he conocido en mi vida. ¿Y saben qué es lo peor? Que ha de ser bien codo, porque no me acuerdo de su nombre. Genial. Me supero cada día.

Llega con un unos jeans rotos, botas negras industriales y una playera negra mordida por una rata. En una mano lleva una bolsa de mandado y en la otra lleva a una niña de no más de 5 años. Ella claro, perfectamente bañada, peinada, con ropa limpia patrocinada por Rosita Fresita. Es su hija. A partir de ahora a él lo llamaremos R, ¿están de acuerdo? Yo sí estoy de acuerdo.

Así que R y su hija acaban de llegar. Busca algo para darle de desayunar, pero no encuentra nada. Qué onda chavos, ¿también vienen a esperar a la Patti? Simón, respondemos como un pinche coro de iglesia negra. Chido, nos dice R. En su bolsita de mandado trae el LP de *Easter* perfectamente empaquetado, libre de humedad y cualquier otra chingadera. De dónde son, chavos. De acá, don, y ustedes. De San Juan, pero apenas ayer me enteré que venía la Patti y me vine en putiza. Como no tenía quién me cuidara a mi hija, la subí todavía dormida a la camioneta. Ya saben, no le sé a eso del face, entonces nunca me entero de nada.

Además del LP, trae una pequeña artesanía que él mismo hizo. Piensa regalársela. Es una fachada de una casita mexicana, como de abuelita, con unos pajaritos y toda la cosa. El chavo de la tienda se hace a un ladito y me quedo con R. No fue al concierto de anoche y se arrepiente horrores. Ahora tampoco tiene boleto para la charla.

Fracasé tocando la guitarra. Aquello estaba más que anunciado. Pero no mi cariño por la música. Poco a poco empecé a ir a conciertos. Y la Ciudad Q empezó a crecer. Diría que crecimos juntos. Pasamos nuestra pubertad y nuestra adolescencia juntos. Tuvimos que elegir carrera. Ciudad Q optó por lo industrial, yo por las letras, pero cada vez me iba cayendo mejor, a pesar del tráfico, de las inundaciones, del pésimo servicio de transporte que no se daba abasto por tanta gente que cada día comenzó a llegar.

La ciudad se fue abriendo al diálogo, a lo externo. A los más puristas esto les dolió como si les hubieran dado un golpe bajo. Se pusieron a chillar y a decir que antes todo era mejor, cuando esto parecía más un pueblo. Por favor, no me chinguen, ¿acaso una ciudad sin eventos culturales importantes y sin conciertos de rock les parece una buena ciudad para vivir? A mí no. Prefiero mil veces estar en un lugar cuyo nombre aparece con más frecuencia en los listados de *World Tour*.

VIII

La vemos bajar de una Suburban blanca con vidrios polarizados. Atrás los viene custodiando el camioncito verde de la basura. Lleva la misma ropa de ayer. Es como ver llegar a un ángel o a una santa. Somos cuatro güeyes los que la esperamos. Baja junto a dos organizadores y Lenny Caye, su guitarra. Llega apenas diez minutos antes de que inicie el evento. Sin pensármela soy el primero en abordarla. *Hi, Patti*. Y me quedó callado. No se me ocurre qué más decirle. Los ratones me comieron la lengua, los mismos que mordieron la playera de R. Ella se ve apresurada, pero me firma la cubierta de mi vinil con un Sharpie. Poca madre. A huevo. Qué chingón se siente. Se da tiempo de firmarle a los demás. Veo a Caye ahí como un fantasma, apenas sonriendo. Soy el único que lo identifica y lo saluda. Le pido que también me eche su autógrafo, más por pena que por admiración. Es decir, se debe sentir raro ver a tu mejor amiga repartiendo besos, abrazos y chocolates a todos y que a ti nadie te pele. Parece entenderlo así. Se ríe y me firma en la contracubierta, donde el diseñador gráfico puso su fotaza. Me palmea la espalda. Chido.

R está vuelto loco. Mira, mira, es Patti Smith, le dice a su hija. Su hija la mira toda sacada de pedo, le da lo mismo, quién es esa doña ha de decir. R toma de la mano a Patti y le dice en

un inglés machucado que hizo para ella aquella artesanía. Patti la observa, mientras su otra mano, la izquierda, es ahora sujetada por un vagabundo que apareció sin que nos diéramos cuenta. Quizá se teletransportó. El vagabundo le quiere dar a Patti un morralito con el logo del PAN que se les cayó a los de la basura. Tenga doñita, para guarde todas las cositas que le dan, ándele tome, tome, se le van a caer. Los organizadores están pasmados. Caye de plano mejor se mete al teatro. R le da toda una letanía a su hija sin soltar la mano que alguna vez sujetó la de Allen Ginsberg y la de Sam Shepard. Patti está confundida, más confundida que si hubiera visto a un alienígena esa misma mañana. Aquello debe parecer escena de un cuadro renacentista, me cae, con todas esas poses retorcidas y luces celestiales. Alguien invisible, tal vez el mismísimo Jesucristo se apiada de la cantante y le dice “es hora” y nos dice a todos al oído “es hora”, entonces la dejamos partir. Aquello duró a lo mucho dos minutos, pero para nosotros, es decir los 4 güeyes, la niña y el vagabundo duró toda una eternidad. Es uno de esos momentos que uno sabe que ni teniendo alzheimer se va a olvidar. Neta.

Nos mostramos nuestros pedazos de cartón rayado por la madre del punk. El chavo de los Round Metal se va corriendo a agarrar lugar. R se despide de mí y mientras lo veo caminar por Allende se me prende el foco. Le grito que tengo un boleto de sobra. Se da la vuelta sin pensárselo dos veces. Los ojos se le iluminan, parece que trae dos foquitos de navidad en la jeta. ¿Neta? Neta, me sobra un boleto, ¿quieres entrar? Clarooooo. Pero, y ¿tu hija? No hay pedo, la dejo aquí en el restaurante que acaba de abrir.

Y ahí la deja. Si yo fuera su padre no la soltaría. Pero lo entiendo. Además sabemos que no corre peligro. El dios de los conciertos la cuida, el mismo dios que cuida a los que caen desmayados en medio de la pista del General A en el Foro Sol, el mismo que cuida a los que están hasta el culo allá al fondo, junto al ingeniero de audio, el mismo que cuida a los chavitos que pidieron permiso a sus jefes católicos para ir a su primer concierto, el mismo que nos bendice y nos echa la mano en las preventas exclusivas de Banamex. Ese mismo. Así que corremos a la entrada.

Alcanzamos lugar juntos.

Nos da chance de platicar un poco. Me dice que ha vivido toda su vida en San Juan del Río y que pocas veces sale. Que tiene una hija (es obvio) y una banda de punk. Bueno, ya están separados, pero a veces se juntan a dar toquines en la colonia. Es una banda de punk llamada

“Meados de cerdo”. En eso se arremanga la playera y me muestra el tatuaje más horrible que he visto. Es el logo de la banda, me dice. Y tal cual. Es el dibujo de un cerdito orinando algo que no sé si es una bandera gringa o una patrulla. Parece hecho por un niño reo. Así de cruel. Dice que llegaron a tocar en el Foro Alicia un par de veces y otro par en el tianguis del Chopo, allá en Tenochtitlán. Que recibieron la invitación de unos cuates para grabar un disquito, unas 5 rolas, pero que nunca se armó nada. A lo más que llegaron fue e abrirle un concierto a Size, la mítica banda de post punk mexa. Me hice cuate de esos putos, me dice, incluso los invité a San Juan un fin. Claro que cayeron y tengo el orgullo de decir que la única vez que Size tocó en tierras queretanas fue en mi cantón y el público éramos yo y mis cuates, los Meados de Cerdo. A huevo, le digo nada más por no quedarme callado. En eso se apagan las luces y aparece Patti Smith. La charla está de hueva, pero R parece niño viendo una botarga de Barney. No entiende nada de lo que dicen, pero eso no importa. Hay un lenguaje oculto detrás de todo aquello. Un lenguaje que no requiere palabras. El mismo lenguaje que nos hace disfrutar la música de Victor Tsoi aunque no sepamos ruso.

La charla gracias al señor acaba en fa. Salimos juntos a buscar a su hija, quien desayuna un plato de huevos en el mismo restaurante donde la dejamos. Mira mira, me dice R y saca su celular. Me muestra una foto en la que aparezco junto a Patti Smith. Te la tomé mientras te firmaba tu disco. Gracias, viejo, le digo. Pásame tu número y te la mando. Se lo paso, pero sé que no me mandará nada y está bien. Cáele cuando quieras y escuchas a los Meados en vivo. Claro le digo, como queriendo decir no te preocupes, sé que eso no pasará. Sé que no nos volveremos a ver, pero sé que ninguno de los dos olvidaremos este día. El día en que aquel dios volteó a ver (por fin) a Querétaro.